

LA CUESTIÓN ESENCIAL: BORGES ANTE LA INSUFICIENCIA DEL LENGUAJE

Mireya Camurati

Como prólogo a la primera edición de *Fervor de Buenos Aires*, en 1923, Borges escribe un texto bastante extenso bajo el título de “A quien leyeré”, texto del que en ediciones posteriores sólo se conservará el título y, con algunos cambios, el último párrafo, que es donde con vistas al desarrollo de la labor poética Borges establece la equivalencia entre el lector y el autor. En las líneas en que se refiere al uso del idioma, Borges comenta: “Siempre fue perseverancia en mi pluma –no sé si venturosa o infausta– usar de los vocablos según su primordial acepción” (*Textos recobrados* 163).

En la cuenta de los años, el joven Borges de 1923 no estaba muy lejos del adolescente que en 1914 comienza el bachillerato en el Colegio de Ginebra, fundado por Calvino, en donde, recuerda, la materia central era el estudio del latín (“Autobiographical Notes” 46). Descubre entonces las ventajas del conocimiento de esta lengua clásica, entre ellas la más común: la que ayuda en la interpretación etimológica de los vocablos. En “El idioma infinito”, uno de los consejos que Borges anota para enriquecer el léxico es precisamente “[e]l emplear en su rigor etimológico las palabras” (*El tamaño* 42). Y en el poema “Los justos”, entre esos que, sin conocerse, “están salvando el mundo”, incluye al “que descubre con placer una etimología” (*Obras completas* 3: 324).

Pero en sus reflexiones sobre el idioma lo esencial va más allá del vocabulario o las etimologías. Como todos nosotros, alguna vez y muy temprano debe haberse detenido a considerar la relación entre una palabra y el objeto, la imagen o el concepto que ella representa. A lo largo de su vida

y de su actividad como lector y escritor, Borges va a enfrentarse con esta cuestión que está en la base de toda interpretación del lenguaje. Y en forma simple, ajeno a toda jerga académica, tratará de dilucidarla.

Primero, se remonta a los antiguos y así anota en los versos iniciales de “El Golem”: “Si (como el griego afirma en el Cratilo)/ El nombre es arquetipo de la cosa,/ En las letras de *rosa* está la rosa,/ Y todo el Nilo en la palabra *Nilo*” (OC 2: 263). Como síntesis poética, el cuarteto es eficaz, pero si recordamos el texto del diálogo platónico es necesario puntualizar algunas salvedades. El tema central del diálogo es el origen y la naturaleza del lenguaje, y los interlocutores son Sócrates, Hermógenes y Crátilo. Al comienzo vemos que Crátilo y Hermógenes recurren a Sócrates para que los ayude a dirimir la diferencia en sus opiniones. Crátilo dice que los nombres son naturales, que ellos contienen una verdad o corrección que es la misma para los helenos o para los bárbaros, mientras que Hermógenes sostiene que no hay ningún principio de corrección en los nombres sino convención y acuerdo o hábito de los usuarios. Sócrates responde al pedido de los dos amigos con su mayéutica, es decir, con la forma en que, a través de preguntas, los lleva a revisar sus asertos o sus negaciones.

En la mayor parte del diálogo las preguntas se dirigen a interpretar las palabras que en griego enuncian acciones, cualidades, elementos, conceptos y, especialmente, los nombres de héroes y de dioses. El análisis llega hasta el punto de descomponer los vocablos en sílabas y letras, consonantes y vocales. Todo esto importa en cuanto al conocimiento de la lengua griega en sus características fonéticas y fonológicas, pero lo que nos interesa aquí es considerar qué es lo que Borges retiene de su lectura del “Crátilo”, en qué apoya la frase de que “el griego afirma en el Cratilo/ [que] el nombre es arquetipo de la cosa”.

Aunque justificado por las exigencias del metro y del ritmo del verso, el decir que Sócrates “afirma” contradice en cierta medida lo que está en la base de la mayéutica, que consiste en proponer al interlocutor ideas o conceptos a veces antagónicos para que éste decida o descubra por sí mismo cuál acepta como verdadero. Y si en algún momento del diálogo encontramos una afirmación de Sócrates, casi siempre advertimos que ésta resulta ser por la negativa, como cuando en un plural que incluye a Hermógenes y a Crátilo repite que no sabemos nada acerca de los dioses. También, cuando en la conversación aparece una palabra que no puede explicarse según

su etimología, Sócrates confiesa que en esos casos se vale del recurso ingenioso de declararla de origen extranjero, con lo que contesta a la pregunta aunque no la resuelve.

Ya bien entrado en el diálogo, Sócrates declara que no está muy seguro de lo que ha venido comentando con Hermógenes y que no puede confiar en sí mismo en cuanto a su sabiduría. A propósito de esta alternancia de reflexiones opuestas y el cuestionar las propias –aunque no queremos comparar la dialéctica del diálogo platónico con la que Borges utiliza en sus ensayos y artículos críticos– no puede pasarse por alto el hecho frecuente de que en ellos Borges presenta opiniones divergentes o ideas que se contradicen, reflexiona sobre un concepto para enseguida invalidarlo, o arguye teorías de autores antagónicos cuando no discute el pro y el contra de su propio pensamiento.

Volviendo al diálogo, la referencia más precisa a los arquetipos es la que aparece al hablar de la lanzadera como instrumento que utiliza el tejedor y que produce el carpintero. Sócrates dice que éste va a modelarla en la forma apropiada para que actúe como una lanzadera según lo que puede llamarse la lanzadera verdadera o ideal. Y así como la lanzadera es el instrumento que distingue las hebras en el tejido, el nombre es el instrumento que enseña cómo distinguir las cosas según su naturaleza.

Pero lo que evidentemente más impresionó a Borges en el “Crátilo” aparece hacia el final del texto. En páginas anteriores, Sócrates había mencionado la opinión de Heráclito, quien suponía que todas las cosas están en movimiento como la corriente de un río y, por esto, nadie puede entrar dos veces en el mismo río, sentencia e imagen que Borges tantas veces poetizó. En la conclusión del diálogo se plantea el dilema de decidir si el bien y la belleza tienen existencia absoluta o si, como propone Heráclito, están siempre en movimiento. ¿Y si la verdad está en esto último, es posible hablar de una belleza en constante flujo, que es primero esto y luego aquello? ¿Si todas las cosas existen en un estado de transición, cómo podemos conocerlas o nombrarlas? No hay respuesta para estas preguntas, pero Sócrates previene del peligro de confiar en los nombres si al asignarlos quedamos sometidos a un estado de irrealidad. Al despedir a Crátilo le aconseja que siga meditando para encontrar la verdad, el joven responde que así lo hará y agrega que, por el momento, se inclina por Heráclito.

En el “Epílogo” a *Historia de la noche*, Borges parece sintetizar en una línea el tema central del “Crátilo” y su posición al respecto cuando dice: “El universo es fluido y cambiante; el lenguaje, rígido” (OC 3: 202).

Por comentarios propios y ajenos sabemos que, como fuente de información general Borges, habitualmente recurre a la *Enciclopedia Británica*. Y, en forma más específica, a la edición undécima, publicada en 1911. En una entrevista recordaba que con parte del dinero que recibió por el segundo premio municipal de prosa en 1928 (el concurso fue convocado en este año pero el premio se dio en mayo de 1929) compró esa edición undécima, que consideraba muy superior a las más recientes con páginas llenas de fechas, cifras, y abreviaturas, mientras que aquella incluía “artículos de Macaulay, de De Quincey, de Swinburne, que eran realmente ensayos” (Vázquez 59). Siempre atento a los problemas del lenguaje, es en esta enciclopedia en la que va a leer varios artículos escritos por el lingüista y filólogo Henry Sweet (1845-1912). El más importante, y que estaría entre los que Borges calificaba como ensayos, es el titulado “Universal Languages” [“Lenguas universales”] (*The Encyclopaedia Britannica* 28: 746-48). Sweet delata primero los prejuicios derivados de la diversidad de lenguas, que limitan o impiden la comunicación entre los seres humanos. Recuerda que por el poder y dominio geopolítico del imperio romano el latín adquirió por muchos siglos la categoría de lengua universal, pero no cree que alguna de las lenguas modernas pueda erigirse como tal. Así, la única posibilidad de lograr una lengua universal es crearla artificialmente, sea sobre la base de las existentes, lo que resulta en lenguas derivadas o “a posteriori”, o formarlas desde el comienzo en una lengua original o “a priori”. Entre las primeras Sweet comenta las más divulgadas hasta esa fecha: el volapük, el esperanto, y el idioma neutral. Después de sintetizar la historia y las bases de estas lenguas, las descalifica por sus defectos, por ser parasitarias de lenguas ya existentes, y porque realmente no son internacionales. Pasa entonces a referirse a las lenguas “a priori” y – lo que nos interesa en relación a Borges – centra casi todo el comentario en John Wilkins y su *An Essay towards a Real Character, and a Philosophical Language* [*Ensayo de una escritura real, y de un lenguaje filosófico*], obra publicada en 1668.

Sweet describe el sistema de Wilkins, quien para formar las palabras divide las ideas y nociones en 40 categorías o géneros a los que asigna

una consonante y una vocal y que se subdividen en diferencias, las que a su vez derivan en especies. Anota el ejemplo que Borges y otros críticos van a repetir para la palabra “llama” que en el lenguaje filosófico se lee “Deba”: Si (De) significa *elemento*, (Deb) debe significar la primera *diferencia* que es *Fuego*, y (Deba) denotará la primera *especie*, que es *Llama*. Aunque Sweet declara que por su complicación, y al no presentar una conexión directa entre las palabras y su significado, el tratado de Wilkins resulta en un fracaso, creemos que estas páginas, lo mismo que el breve artículo sobre John Wilkins en la misma enciclopedia, deben haber sido las primeras que motivaron el interés de Borges por el trabajo monumental del obispo inglés en el intento de enumerar y clasificar todas las cosas del universo. Este interés se hace evidente en la frecuencia con que Borges se refiere a la obra de Wilkins. Así lo observamos en “El idioma de los argentinos”, la conferencia de 1927; en la reseña sobre el libro de E. Sylvia Pankhurst, *Delphos: The Future of International Language*, publicada en la revista *El Hogar* en 1939 (OC 4: 418); en el artículo “John Wilkins, previsor”, también en *El Hogar* y en el mismo año (OC 4: 439) y, sobre todo, en “El idioma analítico de John Wilkins”, texto que aparece inicialmente en el diario *La Nación*, de Buenos Aires, el 8 de febrero de 1942. Secundario pero significativo es el hecho de que John Wilkins también va a penetrar subrepticamente en las ficciones de Borges cuando figura en la lista de “obras” de Pierre Menard, en “Pierre Menard, autor del Quijote”, o cuando el protagonista de “El Congreso”, en quien Borges desliza varios rasgos autobiográficos, estudia el “idioma analítico de John Wilkins, donde la definición de cada palabra está en las letras que la forman” (OC 3: 28).

En la primera página de “El idioma analítico de John Wilkins” Borges indica que no ha conseguido la obra de Wilkins y así, para redactar su nota, va a recurrir a textos que la analizan o comentan: el ya mencionado de Pankhurst; *The Life and Times of John Wilkins*, de P.A. Wright Henderson; el *Wörterbuch der Philosophie*, de Fritz Mauthner, y *Dangerous Thoughts*, de Lancelot Hogben. Queremos detenernos ahora en el *Wörterbuch der Philosophie* (1910) [*Diccionario de filosofía*] y en su autor, Fritz Mauthner, a quien Borges cita una y otra vez y nombra entre aquellos a los que continuamente relee. Esto se explica si advertimos que las dos obras principales de Mauthner se centran en la filosofía del lenguaje: *Beiträge zu einer Kritik des Sprache* (1901-1902) [*Contribuciones para una crítica del lenguaje*] y el *Wörterbuch der Philoso-*

phie [Diccionario de filosofía] que lleva como subtítulo, *Neue Beiträge zu einer Kritik der Sprache* [Nuevas contribuciones para una crítica del lenguaje].

Muy útil para interpretar el pensamiento de Mauthner es el libro de Gershon Weiler titulado *Mauthner's Critique of Language*. Weiler ubica el valor de Mauthner en que ideó una filosofía del lenguaje sustentada en los principios de un empirismo radical, es decir, en aquél que no sólo afirma que todo conocimiento empieza con la experiencia sino también que este conocimiento tiene sus raíces en la experiencia sensorial. Weiler se refiere a la forma en que Mauthner centra sus reflexiones en el lenguaje común y detalla los temas que derivan de este supuesto. Pero las conclusiones sobre ese lenguaje son negativas. Así, cuando Mauthner cuestiona el dualismo Mente-Cuerpo, atribuye el error a lo que llama el poder de la superstición de la palabra. Dice que solamente en el lenguaje existen esas dos palabras, *mente* y *cuerpo*, porque en realidad ellas no pueden separarse. El lenguaje común es engañoso y a través de éste no es posible acceder a la verdad.

Así como en la *Enciclopedia Británica* Henry Sweet escribió el artículo sobre lenguas universales, en su *Diccionario de filosofía* Mauthner trata el mismo tema en la entrada sobre “Universalsprache” (*Wörterbuch* 3: 316-26). Al comienzo, habla del esperanto, del volapük, y de los proyectos de una lengua universal apoyada en sistemas de numeración de Descartes y Leibniz. No obstante, cinco de las diez páginas que integran el artículo las dedica al *Ensayo de una escritura real, y de un lenguaje filosófico*, de Wilkins. Mauthner analiza la estructura general del tratado con el sistema de clasificación en cuarenta categorías, sus divisiones y subdivisiones y las letras y símbolos asignados a cada una de ellas, y anota un ejemplo del lenguaje filosófico que Wilkins detalla en su libro. Sin embargo, aunque valora ciertos aspectos del trabajo del obispo, el juicio final va a ser negativo, dado que sostiene que para crear un lenguaje filosófico hay que contar primero con un Catálogo universal ordenado lógicamente, pero éste no existe porque el Creador no fue un Registrador (*Wörterbuch* 3: 317). O dicho de otra manera, para poder construir un lenguaje formalizado que sea aplicable a la realidad debemos hallar primero la conexión esencial entre el símbolo y la cosa simbolizada.

Si vamos a “El idioma analítico de John Wilkins” (*Otras inquisiciones* 139-44) veremos que, con distintas frases, Borges dice lo mismo que Mauthner: no se puede construir un lenguaje universal lógicamente perfecto

porque para hacerlo hay que contar previamente con una clasificación correcta de todas las cosas del universo, no algo caótico o arbitrario como el proyecto de Wilkins. Y esta clasificación no existe porque el Creador no registró los objetos de la realidad en un Catálogo universal (Mauthner) o, si lo hizo, “falta conjeturar las palabras, las definiciones, las etimologías, las sinonimias, del secreto diccionario de Dios” (Borges 142-43).

Esta conclusión negativa acerca de las posibilidades del lenguaje no desalienta a Borges, quien desde sus primeros ensayos venía planteándose el dilema de esas limitaciones. Así, en junio y agosto de 1927 publica en la revista *Síntesis* las dos partes que componen “Indagación de la palabra”, texto que al año siguiente incluye en *El idioma de los argentinos* (11-25).

Al comienzo indica que el propósito que lo anima es observar mediante qué proceso psicológico entendemos una oración. La que elige para su reflexión es la inicial del *Quijote*: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme”. Con el mismo cuidado analiza sucesivamente los sustantivos, los artículos o las preposiciones de la primera frase, “En un lugar de la Mancha,” pero ninguna de estas palabras lo ayuda en su comprensión. Por el contrario, observa que la coma al final de esa frase es más expresiva que cualquier palabra para indicar que la locución siguiente, “de cuyo nombre”, debe referirse no a la Mancha sino al lugar del que no quiere acordarse. Y aquí acuña una observación lapidaria: “Tan intencionadas son las comas o tan ínfimas las palabras” (15).

En las páginas centrales de su ensayo Borges comenta distintas opiniones o doctrinas acerca del proceso de comprender los enunciados del lenguaje. Enumera las de las gramáticas que consideran que toda palabra aislada es un signo que marca una idea autónoma; la de Benedetto Croce, que determina que el sentido no radica en las palabras sueltas sino en la oración como organismo expresivo; o la de Gustav Spiller, quien habla de unidades de representación. Aunque concuerda más con esta última, ninguna lo conforma del todo. Y en esta su indagación de la palabra ahora se enfrenta con el dilema del lenguaje que se vuelve sobre sí mismo cuando anota: “La definición que daré de la palabra es. . . verbal, es decir también de palabras, es sodecir palabrería” (20). Y cierra el ensayo con otra mención de Fritz Mauthner, de quien dice que, en su *Wörterbuch der Philosophie*, “prueba con lindísima sorna” (25) que no es posible una clasificación psicológica del lenguaje.

Años después, en 1939, Borges publica en *El Hogar* una reseña de *Modes of Thought*, del matemático y filósofo británico Alfred North Whitehead (OC 4: 421). Si bien comenta las características generales del pensamiento de Whitehead, en lo que se detiene es en un párrafo en que éste critica la suposición de que la humanidad posee todas las ideas que son aplicables a su experiencia y, además, que esas ideas “han encontrado explícita expresión en el lenguaje humano, en palabras sueltas o en frases”. Este error, dice Borges, ya lo había denunciado G. K. Chesterton en su libro sobre George Frederick Watts, el pintor inglés conocido por una serie de retratos y cuadros alegóricos. Efectivamente, en su estudio Chesterton analiza las pinturas de Watts y defiende la validez de las alegóricas en cuanto éstas no son un arte que imita a otro, no son formas pictóricas para expresar opiniones teóricas, proverbios, o relaciones verbales. Son, dice, uno de los muchos lenguajes que, con distintos medios, de algún modo corresponden a la realidad. Y agrega que la crítica a estas alegorías se sostiene sobre la creencia en la perfección e infalibilidad del lenguaje, el dar por sentado que hay un perfecto esquema de expresión verbal para todos los designios y estados de ánimo del ser humano. Aquí Borges traduce y traslada el párrafo en el que Chesterton condena ese error:

El hombre sabe que hay en el alma tintes más desconcertantes, más innumerables y más anónimos que los colores de una selva otoñal... cree, sin embargo, que esos tintes, en todas sus fusiones y conversiones, son representables con precisión por un mecanismo arbitrario de gruñidos y de chillidos. Cree que del interior de un bolsista salen realmente ruidos que significan todos los misterios de la memoria y todas las agonias del anhelo. (OC 2: 86-87)

Esta cita en que Chesterton descalifica por completo el lenguaje verbal Borges va a repetirla cuatro veces a lo largo de su obra: en esta reseña, en la conferencia sobre “Nathaniel Hawthorne” (OC 2: 48-63), en el ensayo “De las alegorías a las novelas” (OC 2: 122-24), y para cerrar el artículo sobre “El idioma analítico de John Wilkins”. Lo más grave en este último caso es que Borges anota que el juicio de Chesterton es “acaso lo más lúcido que sobre el lenguaje se ha escrito” (OC 2: 86).

Si el lenguaje fracasa aún en los intentos de nombrar las cosas más simples, ¿qué ocurre cuando a través del lenguaje se trata de acceder a los dos temas trascendentales de la metafísica, el tiempo y el infinito, te-

mas siempre presentes en el pensamiento de Borges? Responder a esta pregunta en general implicaría referirnos a todos los escritos en los que Borges los menciona o reflexiona sobre ellos, tarea cuya magnitud exigiría todas las páginas de un estudio monográfico. Lo que resulta posible aquí es ceñirnos a algunos textos o a algunas frases que, en su brevedad, muestran la forma en que Borges maneja los términos que nombran esos conceptos. Así, con recelo, habla de la “palabra *infinito*, palabra (y después concepto) de zozobra que hemos engendrado con temeridad y que una vez consentida en un pensamiento, estalla y lo mata” (OC 1: 248). Más preciso, en el “Prólogo” a “Nueva refutación del tiempo” (OC 2: 135-49), reconoce de entrada la contradicción implícita en querer refutar la noción de tiempo cuando el adjetivo “nueva” ya ha impuesto la temporalidad al sujeto. Prueba evidente, dice, de que nuestro lenguaje está “saturado y animado de tiempo” (OC 2: 135).

En el cuerpo del ensayo Borges comenta y discute las distintas interpretaciones del tiempo sobre la base de la doctrina idealista, en la que también se apoya para formular su refutación. Pero al final, no muy convencido de las conclusiones a las que ha llegado, no va a intentar explicar qué es el tiempo sino que tratará de figurarlo a través de sus palabras de poeta. Primero se define a sí mismo como hecho de substancia de tiempo. Luego, con entonación de Heráclito, vuelca sus palabras para decir lo indecible: “El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego” (OC 2: 148-49).

En su juventud, Borges había delatado la fatalidad del lenguaje, ese lenguaje que, a pesar de sus confusiones y limitaciones, no podemos eludir, el que “[s]ólo pueden soslayarlo los ángeles, que conversan por especies inteligibles: es decir, por representaciones directas y sin misterio alguno verbal”. Y preguntaba: “¿Y nosotros, los nunca ángeles, los verbales, los que *–en este bajo, relativo suelo–* escribimos. . . ?” (*El idioma de los argentinos* 24).

La respuesta tal vez la hallamos en “Un lector”, poema de madurez, en el que declara:

No habré sido un filólogo,
no habré inquirido las declinaciones, los modos, la laboriosa mutación

de las letras,
la *de* que se endurece en *te*,
la equivalencia de la *ge* y de la *ka*,
pero a lo largo de mis años he profesado
la pasión del lenguaje.
(OC 2: 394)

Así, Borges declara en estas líneas su posición con respecto al lenguaje visto en sus logros o en sus limitaciones. Lo grave ocurre cuando estas últimas afectan las reflexiones del mejor Borges, las del “argentino extraviado en la metafísica” (OC 2: 135). Más teórico en sus ensayos, haciéndolos parte de la trama de sus relatos o de los versos de sus poemas, Borges se complace en exponer los rasgos que signan al ser humano perplejo ante una Divinidad incomprensible en su eternidad y un mundo inacabable en su infinitud. Y en esta tarea su único instrumento son esas palabras insuficientes a las que sólo puede enfrentar con otras palabras, paradoja semejante al lamento de no haber escrito el poema en un poema: “Has gastado los años y te han gastado,/ Y todavía no has escrito el poema” (“Mateo, XXV, 30”, OC 2: 252).

Pero en los versos de “Un lector” (“a lo largo de mis años he profesado/ la pasión del lenguaje”) aparece esta palabra poco frecuente en el vocabulario de Borges. La palabra pasión. Por esto, así como el buen amante persiste en su querer aunque presiente que nunca va a alcanzar el objeto ansiado, Borges, constante y apasionado hacedor de palabras prosigue con su escritura aunque sabe que esas palabras nunca podrán significar “todos los misterios de la memoria y todas las agonías del anhelo” (OC 4: 422).

Mireya Camurati
University at Buffalo

OBRAS CITADAS

- Borges, Jorge Luis. "Autobiographical Notes." *The New Yorker* 19 (1970): 40-99.
- . *El idioma de los argentinos*. Buenos Aires: Seix Barral, 1994.
- . *Obras completas*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1996.
- . *Textos recobrados: 1919-1929*. Ed. Sara Luisa del Carril. Buenos Aires: Emecé, 1997.
- The Encyclopaedia Britannica*. 11th ed. 1911. <<http://www.1911encyclopedia.org>>. 3 agosto 2008.
- Mauthner, Fritz. *Wörterbuch der Philosophie*. 2a. ed. 3 vols. Leipzig: Meiner, 1923-1924.
- Pankhurst, E. Sylvia. *Delphos: The Future of International Language*. London: Kegan Paul, [1927].
- Plato. "Cratylus" *The Collected Dialogues of Plato*. New York: Pantheon Books, 1961. 421-74.
- Vázquez, María E. *Borges: Imágenes, memorias, diálogos*. Caracas: Monte Avila, 1980.
- Weiler, Gershon. *Mauthner's Critique of Language*. Cambridge: Cambridge U P, 1970.
- Wilkins, John. *An Essay towards a Real Character, and a Philosophical Language*. 1668. Menston, England: Scholar P, 1968.

